
Introducción

El arte es la creación de
un nuevo orden
José Clemente Orozco

Si bien el discurso estético en Jalisco tuvo sus antecedentes en la Real y Literaria Universidad de Guadalajara (1792), la enseñanza sistematizada del arte como tal se estableció en el siglo XIX con la fundación de la Academia de Bellas Artes de Guadalajara hacia 1817. En 1851 fue suspendido el subsidio oficial con que contaba y en consecuencia desaparecería poco tiempo después.

No obstante los momentos adversos en que se produjo la fundación y los primeros años de actividad de la Academia de Guadalajara, el entonces director de esta institución, José María Uriarte, y sus discípulos procuraron buscar una expresión plástica propia, aunque a veces diera por resultado trabajos cándidos y hasta faltos de técnica.

A mediados del siglo XIX la enseñanza y la producción artística, fuera de la Academia Nacional de Bellas Artes de San Carlos, en gran parte estuvo relacionada con el proyecto liberal, el cual halló en las academias y sociedades locales, como la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes (1856-1870), lugar para diferentes creaciones artísticas, sobre todo concernientes a la pintura, la música y la literatura.

Poco a poco, muchas de las obras producidas en este tipo de asociaciones regionales se convirtieron en uno de los medios más efectivos para transmitir mensajes, forjar héroes, construir una cultura e identidad nacionales, e incluso dar cuenta de hechos dolorosos como la invasión del ejército norteamericano y la pérdida de parte del territorio nacional. A este recurso se han referido varios investigadores, entre ellos Fausto Ramírez en el capítulo “La historia disputada de los orígenes de la nación y sus recreaciones pictóricas a mediados del siglo XIX”, que aparece en uno de los volúmenes de *Pinceles de la historia*, publicado por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) en el año 2000.

Este proceso dio lugar a la utilización de multiplicidad de vocabularios y estrategias visuales, que para el caso de la escultura han sido tratados por Eloísa Uribe en las “Claves para leer la escultura mexicana: periodo 1781-1861” y para la pintura por Esther Acevedo en “Los símbolos de la nación en debate (1800-1847)”, ambos textos publicados en 2001 en el primer tomo de *Hacia otra historia del arte en México*. Según Acevedo, la variedad de vocabularios y estrategias visuales registrados en la pintura de este periodo

dependerá de las distintas miradas perceptivas de los grupos sociales, las cuales varían según los espacios regionales o sociales en que se inscribían y se fueron transformando a lo largo del tiempo. La elección de una u otra estrategia formal o de contenido revelará tanto las ideas que sobre la historia tenía el patrocinador de la obra, como el desarrollo de la sociedad a la que se proponía convencer.

De este modo, las entidades de enseñanza y creación de arte locales, a pesar de estar circunscritas a sólo algunas disciplinas, tuvieron un papel destacado en la construcción de la nueva nación, máxime cuando en la institución con mayor prestigio en la enseñanza de la arquitectura y las artes plásticas, la Academia Nacional de Bellas Artes de San Carlos –fundada en diciembre de 1783 como Real Academia de las tres Nobles Artes de San Carlos– era evidente el predominio del pensamiento conservador al mediar el siglo XIX. Esto dificultó o impidió llevar a cabo proyectos que dieran cuenta de personajes clave de la gesta de independencia o de eventos recientes, entre otros, la guerra civil y las invasiones extranjeras.

De esta manera, entre los obstáculos para la producción de arte en este periodo se incluyen tanto la inestabilidad del país, la falta de recursos económicos y de patrocinio, así como la postura política y el compromiso social de ciertos artistas, lo que significó para algunos, representar temas nacionales y difundir sus obras, pero lo importante fue promover la necesidad del arte como “un medio civilizador”.

En la entidad jalisciense estos temas fueron objeto de debates en las diversas agrupaciones que aparecieron a lo largo del siglo XIX, lo que, según señaló Arturo Camacho en *Los Papeles del artista*, pone en evidencia que la “conciencia social [de algunos artistas] los indujo a poner alcance de los demás su doble papel de artistas y ciudadano... contribuir con su trabajo a la educación moral del pueblo además de incorporar el arte a la vida social”.

El compromiso social de los artistas se materializó de diferentes formas. Lo mismo favorecieron la creación de la Academia de Artes perteneciente al Instituto del Estado en 1827, de cuyo aciago desarrollo da cuenta Angélica Peregrina en varias publicaciones, y la fundación de liceos y escuelas o cátedras de dibujo años más

tarde, que hicieron de Guadalajara el centro principal de su participación política; dichas cuestiones para el caso de la literatura han sido analizadas, desde tiempo atrás, por Juan José Doñán y Celia del Palacio, y en años recientes por Carlos Guzmán en *Las voces del espejo*. Así, se contribuyó al proceso de formación cultural, al cambio de las instituciones y a la consolidación de una especificidad regional.

De igual forma, esta posición los llevará a formar grupos con el propósito de ser la estructura para organizar exposiciones, ventas de obras arte, etc., y constituirse en el centro para las discusiones especializadas sobre la práctica y la difusión de las producciones artísticas. Es así que aparece la Sociedad Literaria La Esperanza (1849), La Falange de Estudios (1850), Sociedad Jalisciense de Bellas Artes (1856), Sociedad Filarmónica Santa Cecilia (1857) y la Sociedad de las Clases Productoras (1878), entre muchas más que se crearon en poco más de medio siglo.

El influjo de algunas de estas agrupaciones logró trascender a la sociedad mediante órganos de difusión creados *ex profeso*, tales como *El ensayo literario* y *La floresta*, la fundación de algún centro de enseñanza para adultos, por caso el establecido por la Sociedad de las Clases Productoras, y el desarrollo de exposiciones, muchas de las cuales congregaron a la vez múltiples expresiones del arte—dibujo, pintura, grabado, litografía, escultura, fotografía y arquitectura—, entre las que se contaron las cinco preparadas por la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes, pero sobre todo, como lo ha señalado Fausto Ramírez en “La historia disputada de los orígenes de la nación y sus recreaciones pictóricas a mediados del siglo xix” de *Los pinceles de la historia*, se anunciaba el abandono de la temática de inspiración bíblica por el acontecer histórico de la patria, “la adopción paulatina del proyecto cultural y artístico del liberalismo triunfante”.

Las dos últimas décadas del siglo finalmente transcurrieron en una relativa calma que abonó a la consolidación de ciertos grupos en el poder, en tanto que, en aspectos culturales el estado nacional y los gobiernos locales adquirían mayor predominio, declinaba el número de las asociaciones de artistas y menguaban las aspiraciones de producir desde éstas el cambio civilizatorio.

Entonces la capacidad del estado nacional pudo concretar viejos proyectos de infraestructura y la transformación del ámbito urbano de las ciudades más importantes, las que debían convertirse en un lugar “pedagógico y cívico”, es decir, en un espacio republicano como se pretendió, de acuerdo con Annick Lempèriere en “La ciudad de México, 1780-1860: del espacio barroco al espacio republicano” en el libro coordinado por Esther Acevedo ya mencionado, incluso antes de la Reforma. La renovación urbana se completó con la inclusión de la escultura pública, cuyo carácter en la mayoría de los casos fue cívico. Los ámbitos urbanos eran ahora los lugares por excelencia para recordar hechos y honrar a los héroes.

En Guadalajara, a pesar de que en esta etapa fue uno de los sitios urbanos donde, después del Distrito Federal, se produjo un número significativo de obras arquitectónicas, la preparación de los futuros arquitectos continuaba dependiente de la Escuela Nacional de Bellas Artes –denominada así a partir de diciembre de 1867.

La solución de este problema se dio a medias en 1883 con la apertura de la Escuela de Ingenieros de Jalisco auspiciada por el Estado. Sin embargo, en 1896 cerró sus puertas y no se reanudaron los estudios de ingeniería en la entidad hasta 1902 con la apertura de la Escuela Libre de Ingenieros, misma que por varios años mantuvo carácter público y gratuito, y en la cual se formaron algunos de los constructores más reconocidos en las siguientes décadas, quienes en muchos casos tomaron unos cursos de especialización que les permitió egresar con el título de ingenieros arquitectos, basta mencionar a Pedro Castellanos, Luis Barragán, Rafael Urzúa e Ignacio Díaz Morales.

En los primeros años del siglo xx se establecieron nuevas instituciones culturales y de enseñanza de carácter nacional, “el gran laboratorio del patriotismo y de las virtudes cívicas”, según Enrique Florescano en *Imágenes de la patria a través de los siglos*, entre las que se encontró la Universidad Nacional Autónoma de México (1910), el Museo Nacional (reorganizado entre 1908 y 1910) y la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas (1911), entidades que tuvieron un papel preponderante en el arte y la cultura, asunto antes casi exclusivo de la Escuela Nacional de Bellas Artes.

Así, el periodo que se abrió luego de concluida la gesta revolucionaria retomó la idea de que era posible construir una sociedad mejor pero desde las instituciones que prohiciera el Estado surgido de la revolución, de manera muy especial de aquella en la que se fundamentó el proyecto educativo, la Secretaría de Educación Pública (1921), y en consecuencia de todo relacionado con el arte y la cultura, de cuyo proceso formó parte el Museo de Guadalajara, inaugurado en noviembre de 1918 en la antigua sede del Liceo de Varones y, más tarde, la Universidad de Guadalajara (1925). Estas entidades paso a paso han dado cabida al aprendizaje y a la difusión de las artes, contribuyendo, como en la centuria anterior, al enriquecimiento cultural de la región, reflexiones, en específico la enseñanza de las artes en la Universidad de Guadalajara, a lo cual se dedica el presente número de *Estudios Jaliscienses*.

Estrellita García Fernández
El Colegio de Jalisco
Universidad de Guadalajara